Ser docente, ser estudiante **en tiempos de contingencia sanitaria**

Magaly Hernández-Aragón¹

¹ Profesora de Tiempo Completo adscrita al Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, México.
*Correo electrónico: magaly.haragon@gmail.com

Resumen

Hoy en día estamos viviendo tiempos inciertos, experimentando cambios, incertidumbres, adaptaciones, modificaciones y resistencias. Una de las esferas sociales en donde ha impactado fuertemente la contingencia producida por el COVID-19 ha sido, sin duda alguna, el campo educativo. Al respecto, habría que volcar la mirada hacia los sujetos, a los actores y actrices que le dan vida al proceso formativo, más allá de la infraestructura y las políticas educativas ejecutadas. ¿Qué sucede con los/as docentes? ¿Qué pasa con los/as estudiantes? ¿Cómo están viviendo y enfrentado estos momentos de inquietud en su trayecto formativo y laboral? ¿Qué sienten? ¿Qué les genera esta "nueva" forma de enseñar, de aprender, de "estar" en la escuela?

Palabras clave: Ser docente, ser estudiante, contingencia sanitaria.

Abstract

We live today in uncertain times, experiencing changes and uncertainties, adaptations and modifications that meet resistance. For instance, one field of reference where the Covid-19 contingency undoubtedly has had a strong impact is the educational field. To this respect, one ought to observe the subjects, the people who breathe life into the learning process, whatever the infrastructure or the implemented educational policies may be. In this context, what happens to teachers and students? How are they facing these unsettling times during their learning and teaching processes? How do they feel? What are they getting from this "new" way of teaching, learning, and "being" at school?

Keywords: Being a teacher, being a student, sanitary contingency.

Introducción

2020 ha sido uno de los años que ha movilizado estructuras que creíamos sólidas; ideologías que sostenían pensamientos y acciones “propias” de nuestros tiempos se han tambaleado; debilidades y necesidades del sistema social, educativo, político y económico han quedado al descubierto, profundizándose aún más. Hemos experimentado significativos cambios, estamos viviendo en constante incertidumbre, adaptaciones, modificaciones y resistencias.

El o los móviles de las desestabilizaciones que afrontamos en el año anterior es resultado de múltiples factores; sin embargo, uno de los que ha cimbrado a nuestro país y al mundo entero es la contingencia sanitaria derivada del COVID-19. Dicha situación ha signado cambios en esferas personales y sociales, ha generado crisis, encuentros y desencuentros, mostrando facetas y desafíos con los que no estábamos familiarizados.

Un ámbito social en el que ha impactado fuertemente la contingencia producida por el COVID-19 ha sido, sin duda alguna, el educativo. A decir de Díaz-Barriga (2020), se ha perdido la escuela y las aulas. Y ello, debido a la intersección de condiciones sociales, culturales, económicas, políticas y, por supuesto, educativas, que han coadyuvado a que esta situación se torne complicada y compleja.

La afirmación de que se ha perdido la escuela y las aulas implica dificultades. Sin embargo, dicha situación no es única y exclusivamente del presente, sino que los vestigios de problemas que ha venido arrastrando el sistema educativo han hecho explosión en estos días. ¿Cuál es la crisis más enfática que ha revelado esta contingencia? Las respuestas a esta pregunta son múltiples, como diversos son los enfoques desde donde se quiera mirar el asunto. Algunas de las que se podrían mencionar son la rigidez curricular,

la falta de sensibilidad y perspectiva social de las autoridades educativas, la ausencia de infraestructura y cobertura tecnológica en las familias mexicanas en promedio, las desigualdades sociales y económicas que reproducen las visiones y decisiones de los directivos, la desvinculación de la escuela con la sociedad y con la realidad; tan sólo por citar un número corto de problemáticas derivadas del choque entre la educación formal y la contingencia sanitaria.

Hoy queda corroborado que la tecnología no sustituye la función de las y los docentes, ni los alcances formativos que implica una escuela como espacio de encuentro y convivencia social (Dubet & Martuccelli, 1998). La docencia, como profesión y experiencia escolar, está signada por las relaciones entre personas, entre todos/as los/as participantes que se involucran, directa e indirectamente; por eso sus procesos se complejizan y dinamizan, de ahí que sea fácil criticar desde afuera sin estar adentro.

Con los escenarios actuales, tal pareciera que la función de enseñanza queda reducida al manejo de las plataformas digitales, a la elaboración y acomodo de los materiales de estudio; pero la docencia va más allá de una actividad técnica, toda vez que entraña una acción profesional y compleja, pero también humana; esto es, la docencia es una profesión de lo humano (Fierro & Fortoul, 2017), debido a que no sólo es un trabajo que se ejecuta con, por y para humanos/as, sino sobre todo por las relaciones que se entretajan con colegas, estudiantes, padres y madres de familia, autoridades y con uno/a mismo/a como profesor de forma intrapersonal o introspectiva, derivada de la misma condición humana, por ello es que se sitúa como un proceso abierto e incompleto.

En este marco de la docencia como profesión de lo humano, habría que volcar la mirada hacia los sujetos, a quienes le dan vida al proceso formativo, más allá de la infraestructura y las políticas educativas ejecutadas. ¿Qué sucede con los/as docentes? ¿Qué pasa

Una de las problemáticas que ha marcado un parteaguas en la función del docente en enseñar en tiempos de COVID-19 tiene que ver con la brecha generacional en el uso de la tecnología

con los/ (as) estudiantes? ¿Cómo están viviendo y enfrentando estos momentos de incertidumbres en su trayecto formativo y laboral? ¿Qué sienten? ¿Qué les genera esta “nueva” forma de enseñar, de aprender, de “estar” en la escuela?

Existen múltiples experiencias originadas al respecto y habría que otorgarles voz, como constructos de una historia que ha cimbrado los sistemas educativos del mundo. Una de las problemáticas que ha marcado un parteaguas en la función del docente en enseñar en tiempos de COVID-19 tiene que ver con la brecha generacional en el uso de la tecnología, esto es, la mayoría de las y los docentes de los diferentes niveles educativos que integran el sistema educativo mexicano no se encuentran familiarizados/as con utilizar la tecnología como un medio o recurso principal para poder desarrollar los contenidos formativos de enseñanza, lo cual deja entrever un grave problema de formación y capacitación para el personal docente, que nos toma desprevenidos/as tanto en infraestructura como en términos de adiestramiento.

Para muchos profesores y profesoras en México, el manejo de las plataformas digitales para desempeñar su función de enseñar es visto como un medio facilitador de dicha tarea, pero a otra buena parte les provoca estrés, decepciones, angustia y frustraciones (Lloyd, 2020); sobre todo, para aquellos/as cuyo espacio de trabajo se encuentra en comunidades marginadas, rurales o indígenas, en las cuales no existe cobertura, electricidad o bien condiciones económicas que permitan a sus estudiantes el acceso a la tecnología para continuar con sus clases.

Tal situación ha demandado la capacitación del personal docente en cómo funcionan las plataformas digitales; no obstante, el problema persiste, pues va más allá del manejo técnico y adecuado de los dispositivos electrónicos, implica concepciones, significados, constructos culturales que se funden en el pensamiento docente y su interacción con la tecnología.

Por parte del estudiantado, la cosa no es más sencilla, porque si bien es cierto que ellos y ellas sí están un poco más habituados/as con la tecnología, nos enfrentamos a un grave problema: la falta de orientación o uso que los/as estudiantes le confieren como un medio de aprendizaje (Díaz-Barriga, 2020), empleando los recursos y herramientas electrónicas y digitales más como opciones de distracción que de formación. Sin embargo, cuando se enfrentan a la situación de utilizarlos como “sustitutos” de un espacio escolar, las condiciones cambian, toda vez que los escenarios son distintos y, posiblemente, el impacto formativo no sea el mismo.

Las respuestas que le otorgan docentes y estudiantes a dar y recibir sus clases, respectivamente, mediante plataformas digitales son variadas y van desde antipatía, rechazo, indiferencia hasta frustración, desesperación, enojo, tristeza, empatía, esfuerzo y apoyo, puesto que lo anterior también es reflejo de las condiciones sociales, culturales y económicas en las que ellos y ellas se han desarrollado, como muestra de la desigualdad social y económica que vive nuestro país y que esta contingencia sanitaria ha dejado ver en todo su esplendor.

Ante tales escenarios, volvamos a los sujetos: ¿Qué sienten las y los estudiantes, las y los docentes?, ¿cómo viven estos cambios?, ¿extrañan la escuela?, y si es así, ¿qué añoran de esa experiencia escolar? Recientemente, una de mis ex alumnas, que ahora es maestra de educación primaria, compartió en su cuenta de Instagram unos videos cortos que les pidió a sus alumnos/as, como parte de una actividad de inicio de ciclo escolar, en el que expresaran precisamente qué extrañan de la escuela. La mayoría dijo que extrañaban a sus compañeritos/as, “jugar con ellas y ellos”; otros/as más señalaron que extrañaban a la maestra, algunos/as se miraban alegres, sonriendo al celular con el cual estaban siendo grabados/as, otros/as más se veían tristes y un poco confundidos.

Con las respuestas que estas niñas y niños compartieron se aprecia un claro ejemplo que lo que añoran, sobre todo cuando

esta cuarentena se ha alargado más de lo que se esperaba, son las experiencias escolares; es decir, los encuentros con sus otros/as compañeros/as, las risas y los juegos compartidos, las pláticas de complicidad entabladas con sus amigos/as, todas esas vivencias que se generan día a día con y en la convivencia escolar, inclusive situándose como un elemento importante en la construcción de sus identidades (Dubet & Martuccelli, 1998).

La pregunta al respecto es ¿qué pasa con esas experiencias escolares ausentes que la tecnología, por más sofisticada que sea, no puede producir ni reemplazar? Quizá por eso se coincide cuando Díaz-Barriga (2020) afirma que se ha perdido la escuela, las aulas, y no sólo refiriéndose al espacio físico, sino a todo lo que este entorno escolar implica y suscita en la vida de los/as estudiantes y maestros/as. Hoy estar en la escuela, ser estudiante, ser maestro/a entraña emociones encontradas, retos y desafíos distintos, “nuevas” angustias, “nuevas” preocupaciones; en fin, nuevas tensiones generadas desde los pensamientos y sentimientos de los sujetos que le imprimen la razón de ser a los procesos formativos y le transfieren sentido a la escuela. Con ello queda claro que el medio escolar va más allá de un salón de clases, un plan de estudios, un horario, unos contenidos... abarca relaciones, interacciones, encuentros y desencuentros que se entretajan con la convivencia diaria, con ese devenir cotidiano que envuelve a las experiencias escolares y que le otorgan lógica y significado al ser estudiante y ser docente.

En definitiva, los tiempos de COVID-19 han venido a resignificar lo que es ser docente y ser estudiante; han marcado un parteaguas en los procesos escolares en todos los aspectos y niveles de jerarquía. Más allá de las críticas y optimismos, el sistema educativo mexicano se enfrenta a un gran desafío que pone a prueba no sólo su capacidad de respuesta, sino –sobre todo– su misión primera y última por la que fue creado, la de educar y formar al pueblo de México. Conseguirlo requiere del apoyo, colaboración y compromiso de toda la comunidad mexicana, pero principalmente, demanda reivindicar la figura y función

del maestro, de la maestra que, hoy en día, hace su mejor esfuerzo para enfrentar estos desafíos y concretar una de las funciones más importantes de todo proceso formativo: la de enseñar.

Referencias

- Díaz-Barriga, A. (2020).** La escuela ausente, la necesidad de replantear su significado. *IISUE. Educación y pandemia. Una visión académica* (pp. 19-29). México: UNAM. Recuperado de <https://www.iisue.unam.mx/nosotros/covid/educacion-y-pandemia>
- Dubet, F. & Martuccelli, D. (1998).** *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. Buenos Aires: Losada.
- Fierro C. & Fortoul, B. (2017).** *Entretejer espacios para aprender y convivir en el aula*. México: SM Ediciones.
- Lloyd, M. (2020).** Desigualdades educativas y la brecha digital en tiempos de Covid-19. *IISUE. Educación y pandemia. Una visión académica* (pp. 115-121). México: UNAM. Recuperado de <https://www.iisue.unam.mx/nosotros/covid/educacion-y-pandemia>